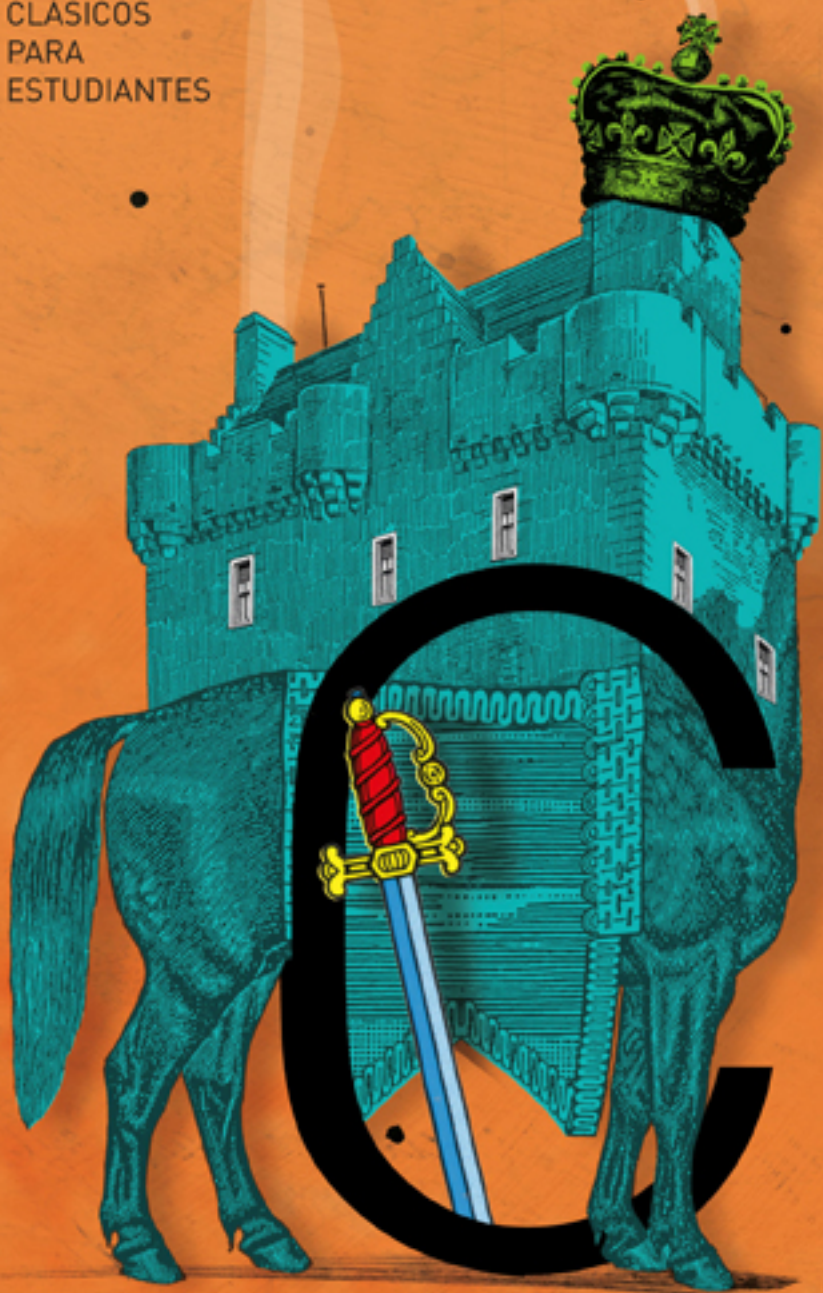




CANTAR DE MIO CID

adaptación de *Rosa Navarro Durán*

CLÁSICOS
PARA
ESTUDIANTES



edebé

ÍNDICE

CANTAR PRIMERO 9

- El destierro 11
- Dos arcas llenas de arena 15
- La despedida 22
- La toma de Castejón 28
- La conquista de Alcocer 34
- La batalla contra Fáriz y Galve 38
- La primera embajada al rey 44
- El conde de Barcelona 50

CANTAR SEGUNDO 57

- Las conquistas del Cid 59
- El Cid en Valencia 64
- La segunda embajada al rey 70
- El reencuentro del Cid con su familia 76
- El ataque de Yúcef 84
- La tercera embajada al rey 91
- Las vistas 97
- Las bodas de las hijas del Cid 101

CANTAR TERCERO 111

- Se escapa el león 113
- La batalla contra el rey Bucar 116
- La despedida 125
- La afrenta de Corpes 130
- La embajada de Muño Gustioz 140

- Los preparativos de las cortes 144
- Las demandas del Cid 149
- Los desafíos 157
- Los tres combates 166
- Fin de la historia 173

ESTUDIO DE LA OBRA Y ACTIVIDADES 175

LA OBRA 177

1. Fecha de composición 177
2. La versificación del *Cantar* 178
3. Las unidades del *Cantar* 179

ACTIVIDADES DIDÁCTICAS 183

1. Preguntas para la comprensión y el análisis de la obra 183
 - 1.1. La composición 183
 - 1.2. El tiempo 184
 - 1.3. El espacio 184
 - 1.4. La acción 185
 - 1.5. Los personajes 186
 - 1.5.1. El héroe 186
 - 1.5.2. Los personajes secundarios 187
 - 1.6. Descripción de combates 190
 - 1.7. El realismo 191
 - 1.8. El género del relato 192
 - 1.9. El vocabulario 192
2. En versión original 193
 - 2.1. El Cid entra en Burgos 193
 - 2.2. Se escapa el león 197
 - 2.3. La afrenta de Corpes 200

Cuenta la historia que el Cid mandó llamar a sus amigos, parientes y vasallos, les dijo que el rey le ordenaba salir de sus tierras en el plazo de nueve días y les preguntó:

—Amigos, quiero saber quiénes de vosotros queréis ir conmigo. Que Dios bendiga a aquellos que me acompañéis; pero tienen también mi aprobación los que quieran quedarse aquí.

Entonces habló don Álvar Fáñez, su primo hermano:

—Todos iremos con vos, Cid, por yermos y por poblados. Y mientras vivamos, nunca os dejaremos. Siempre os serviremos como leales amigos y vasallos.

Y todos a una confirmaron las palabras de Álvar Fáñez. ¡Cuánto se lo agradeció el Cid!

Entonces ordenó que todos cogieran sus bienes y se fueran de Vivar camino de Burgos.

CANTAR PRIMERO

v. 1 De los sos ojos tan fuertementre llorando,
tornaba la cabeza e estábalos catando.
Vio puertas abiertas e uzos sin cañados,
alcándaras vacías, sin pieles e sin mantos,
e sin falcones e sin azores mudados.
Sospiró mio Cid, ca mucho habié grandes cuidados;
fabló mio Cid bien e tan mesurado:
—¡Grado a ti, Señor, Padre que estás en alto!
¡Esto me han vuelto mios enemigos malos!

Quando el Cid vio que sus casas quedaban vacías, sin nadie, y las puertas abiertas, sin candados, y las perchas sin azores, sin halcones, empezó a llorar en silencio. Al marcharse, no dejaba de volver la cabeza para mirarlo todo y, suspirando, porque estaba muy preocupado, habló de esta forma tan mesurada:

—¡Señor, Padre que estáis en lo alto, confío en Vos!
¡Esto es lo que me han hecho mis enemigos malos!

Entonces empezaron a aguijar los caballos, a soltar las riendas. Al salir de Vivar, vieron que la corneja volaba a su derecha, y al entrar en Burgos, a su izquierda. El Cid, al ver los dos pronósticos, uno bueno y otro malo, se encogió de hombros, movió la cabeza y dijo a Minaya:

—¡Alégrate, Álvar Fáñez, nos irá bien! Porque ya nos han echado de nuestra tierra.

Mio Cid Ruy Díaz entró en las calles de Burgos con sesenta caballeros. Mujeres y hombres salían a verle; los burgaleses y las burgalesas se asomaban a las ventanas y lloraban, ¡tanto dolor tenían! Y todos decían lo mismo:

—¡Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor!

Muy a gusto le hubiesen invitado, pero ninguno se atrevía, ¡tan enfadado estaba el rey! Antes de la noche, llegó a Burgos su carta, muy bien sellada; en ella decía que nadie diera posada a mio Cid Ruy Díaz, y aquel que se la diera que supiese que iba a perderlo todo: sus propiedades y su vida.

Al saberlo, todo el mundo lo sintió mucho; la gente se escondía de mio Cid, porque no se atrevían a decirle nada.

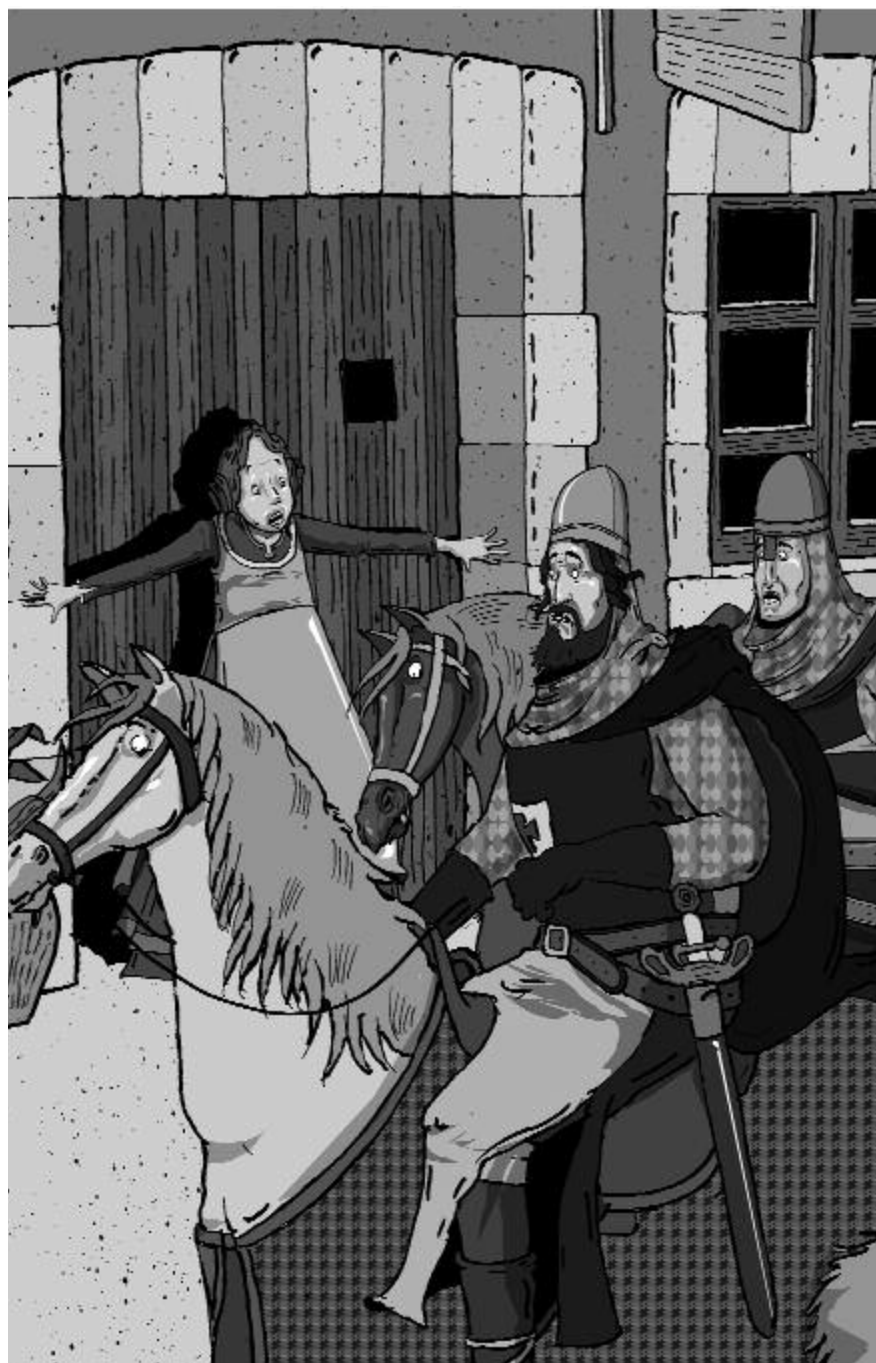
El Campeador se fue hacia su posada. Al llegar a la puerta, la encontró muy bien cerrada; habían decidido, por miedo al rey Alfonso, que si no la rompía por fuerza, que nadie se la abriese. Los hombres de mio Cid llamaron a grandes voces; los de dentro no querían contestarles. Mio Cid llegó a la puerta, sacó el pie del estribo y le dio un fuerte golpe; pero la puerta no se abrió porque estaba bien atrancada.

Entonces una niña de nueve años se le puso delante y le dijo:

—¡Campeador, en buena hora ceñiste espada! El rey nos ha prohibido que os abramos. Anoche llegó su carta, muy protegida y sellada. No nos atreveríamos a abriros ni a acogeros por nada del mundo porque, si lo hiciéramos, lo perderíamos todo: la vida y los bienes. Cid, no ganáis nada con nuestro daño, ¡que el Creador os proteja!

Esto le dijo la niña y luego se volvió a su casa.

Bien vio el Cid que el rey le quería mal. Se marchó de la puerta y cabalgó aprisa por Burgos. Llegó a Santa María, allí bajó del caballo. Se puso de rodillas ante la Virgen y le rogó de



todo corazón. Después de haber rezado, cabalgó de nuevo, salió de la ciudad y pasó el río Arlanzón. Junto a la villa, al lado de la orilla del río, bajó del caballo y mandó poner allí las tiendas. Como nadie quiso acogerle, mio Cid Ruy Díaz, el que en buena hora ciñó espada, tuvo que descansar allí, fuera de la ciudad, como si estuviese en los montes; le rodeaban sus hombres. Le estaba prohibido además comprar nada en Burgos; tampoco la gente se atrevería a venderle lo más mínimo.

Martín Antolínez, el burgalés de pro, les abastece de pan y vino al Cid y a su gente; no lo compra, porque es suyo. Les da lo que necesitan, y el Cid se lo agradece mucho.

Dos arcas llenas de arena

*M*artín Antolínez le dice:

—¡Campeador, en buena hora naciste! Descansemos esta noche, y vayámonos mañana por la mañana, porque me van a acusar por lo que os he dado y provocaré la ira del rey Alfonso. Si escapo con vos, pronto o tarde el rey me querrá por amigo. Si no, no aprecio lo más mínimo todo lo que dejo.

Mio Cid, el que en buena hora ciñó espada, le contestó:

—¡Martín Antolínez, sois una lanza atrevida! ¡Si vivo, os doblaré el salario! He gastado el oro y la plata, bien veis que no traigo nada. Me hace falta dinero para mi gente y tengo que conseguirlo con malas artes, porque a las buenas no lograré nada. Con vuestra ayuda quiero preparar dos arcas; las vamos a llenar de arena para que pesen mucho; las cubriremos de guadamecí rojo, y les pondremos clavos bien dorados. Id deprisa a buscarme a Raquel y a Vidas. Decidles que, como no puedo comprar nada en Burgos por la ira del rey, tampoco puedo llevarme las riquezas que tengo porque me pesan mucho. Que se lo empeño todo por lo que sea justo; pero que se lo lleven de noche para que no lo vea nadie. ¡Que

lo vea sólo el Creador con todos sus santos! No puedo hacer otra cosa y lo hago de mala gana.

Martín Antolínez no esperó ni un minuto; al momento fue en busca de Raquel y Vidas. Cruzó Burgos y entró en el castillo; a toda velocidad se dirigió a casa de los prestamistas.

Raquel y Vidas estaban juntos, contaban el dinero que habían ganado.

Martín Antolínez, hombre prudente, les preguntó:

—¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, mis queridos amigos? Quisiera hablar en secreto con vosotros.

No esperan ni un segundo; los tres se van a un lugar apartado. Allí les habla Martín Antolínez:

—Raquel y Vidas, dadme los dos las manos como juramento de que no me descubriréis ni a moros ni a cristianos. Os haré ricos para siempre, para que nunca paséis necesidad. El Campeador fue a recaudar los impuestos de los moros y consiguió mucho dinero; se quedó para él todo lo de valor —de esto le acusaron—. Tiene dos arcas llenas de oro puro. Ya veis cómo el rey le persigue; ha dejado casas y palacios. Como no puede llevar consigo las arcas porque le descubrirían, el Campeador las dejará en vuestras manos a cambio de que le prestéis lo que sea justo. Coged las arcas y ponedlas a salvo; pero tenéis que jurarme que no las abriréis en todo este año.

Raquel y Vidas hablaron entre sí:

—Vamos a sacar provecho de esto. Bien sabemos que el

Cid se quedó gran parte de lo que recaudó a los moros. No duerme tranquilo quien lleva dinero contante y sonante. Cojámosle esas arcas y las escondemos donde nadie lo sepa.

Y luego le preguntaron a Martín Antolínez:

—Pero, decidnos, ¿cuánto necesita el Cid? ¿Y qué interés nos dará por el préstamo este año?

Martín Antolínez, muy prudentemente, les dijo:

—Mio Cid querrá lo justo. Os pide poco por dejar sus riquezas a salvo; pero, como de todas partes llegan a él hombres sin fortuna, necesita seiscientos marcos.

Raquel y Vidas le contestan:

—Se los daremos con mucho gusto.

—Ya veis que está entrando la noche, y el Cid tiene prisa. Necesitamos que nos deis enseguida los marcos —les dijo entonces Martín Antolínez.

Y Raquel y Vidas le replican:

—No se hace así el trato, sino primero cogiendo y luego dando.

Martín Antolínez asiente:

—Estoy de acuerdo. Id los dos donde está el famoso Campeador, y os ayudaremos a traer las arcas y a ponerlas a salvo para que no se enteren ni moros ni cristianos.

Entonces le contestaron Raquel y Vidas:

—De acuerdo, también. Una vez tengamos las arcas, os daremos los seiscientos marcos.

Martín Antolínez cabalgó con Raquel y Vidas hacia las

tiendas del Cid. No pasan por el puente, sino por el agua, para que no los vea nadie en Burgos. En cuanto llegaron a la tienda del Campeador, entraron en ella y fueron a besarle la mano al Cid. Él se sonrió al verlos y les habló así:

—¡Ya me habéis olvidado Raquel y Vidas! Salgo de la tierra porque el rey me ha desterrado. Me parece que vais a conseguir algo de lo mío, ¡mientras viváis, no pasaréis hambre!

Raquel y Vidas le besan las manos al Cid.

Martín Antolínez ha cerrado el trato: le darían seiscientos marcos sobre aquellas arcas, y se las guardarían muy bien todo un año. Así se lo habían prometido y jurado. Si las abriesen antes, caerían en perjurio, y el Cid no les daría ni un céntimo.

Martín Antolínez dijo:

—Que carguen las arcas en seguida. Raquel y Vidas, llevadlas y ponedlas a salvo. Yo iré con vosotros para que me deis los marcos, ya que el Cid tiene que marcharse antes de que cante el gallo.

¡Veríais qué alegres cargaban las arcas! ¡Aunque tenían mucha fuerza, casi no podían ponerlas sobre las mulas! Raquel y Vidas estaban contentísimos con las riquezas porque pensaban que ya nunca les iba a faltar nada.

Raquel fue a besar la mano al Cid y le dijo:

—¡Ya Campeador, en buena hora ceñiste espada! Os vais de Castilla a reinos extranjeros: así es vuestra ventura. Vais a

ganar mucho. Cid, me gustaría que me trajerais una piel forrada de seda roja, elegante, hecha por los moros. Os beso la mano para que me traigáis ese regalo.

—Lo haré con gusto —le dijo el Cid—. Os la prometo. Si no os la trajese de allá, sumadla a lo que os debo por las arcas.

Ya en casa de Raquel y Vidas, tendieron en medio del salón una alfombra; y sobre ella, una sábana de lino muy blanca. De un golpe echaron en ella trescientos marcos de plata. Los contó don Martín y, sin pesarlos, los cogió. Los otros trescientos se los pagaron en oro.

Don Martín cargó a los cinco escuderos que le habían acompañado con las monedas. Vais a oír lo que les dijo a Raquel y a Vidas cuando acabó de hacerlo:

—Las arcas ya están en vuestras manos, Raquel y Vidas. Puesto que os he hecho ganar tanto, bien merezco unas calzas.

Raquel y Vidas primero se apartaron para hablar entre sí:

—Hagámosle un buen regalo porque nos ha conseguido el negocio.

Y luego le dijeron a Martín Antolínez:

—Martín Antolínez, burgalés de pro, os lo merecéis. Queremos daros un buen regalo para que os hagáis unas calzas y una piel rica y un buen manto. Os regalamos treinta marcos. Os los merecéis pues sois el fiador de lo que hemos pactado.

Don Martín les dio las gracias y cogió los marcos. Se des-

pidió de ambos y se marchó de su casa. Salió de Burgos, atravesó el Arlanzón y se fue a la tienda del Cid. Allí le recibió el Campeador con los brazos abiertos:

—¡Bienvenido, Martín Antolínez, mi fiel vasallo! ¡Ojalá llegue el día en que os pueda pagar!

—Campeador, habéis ganado seiscientos marcos, y yo treinta. He resuelto el negocio con sumo cuidado. Mandad recoger la tienda, y vayámonos en seguida para que nos cante el gallo en San Pedro de Cardeña. Allí veremos a vuestra mujer, noble y prudente. No podremos estar mucho tiempo porque tenemos que irnos del reino ya que se nos acaba el plazo.

No bien dijo esto, recogieron la tienda, y el Cid y su gente empezaron a cabalgar muy deprisa. El Campeador volvió la cabeza de su caballo hacia Santa María y se santiguó con su mano derecha diciendo:

—¡A ti, Dios que guías cielo y tierra, te doy las gracias! ¡Protegedme, gloriosa santa María! Me voy de Castilla porque tengo al rey airado. No sé si voy a volver en toda mi vida. ¡Protegedme, Gloriosa, en mi destierro! ¡Ayudadme y socorredme de noche y de día! Si así lo hacéis, y yo tuviera suerte, ofreceré a vuestro altar ricos dones; y además prometo hacer cantar en él mil misas.

Como hombre cabal, se despidió entonces con todo su corazón y su voluntad. Soltaron las riendas de los caballos y empezaron a cabalgar, deprisa. Martín Antolínez, el burgalés, le dijo al Campeador:

—Voy a despedirme de mi mujer, y les diré a los míos lo que tienen que hacer mientras esté yo lejos. A mí me da lo mismo si el rey quiere quitarme mis posesiones. Estaré con vos antes de que salga el sol.